

# LOS EMISARIOS DE LA MEMORIA

Luis Chumacero  
Facultad de Ciencias Políticas

El sol aún no se ocultaba entre las sombras cuando se volvió negro. Perdió su color a mi regreso, después de no sé cuánto tiempo —después de ese tiempo que se pierde en la memoria y escapa al recuerdo de los hombres, hundiéndose y llevándonos consigo al abismo. Entonces comprendí que la eternidad había sepultado el mundo y resultaba agobiante sentir el peso de las pisadas de aquel cambio sobre nuestras cabezas.

Recuerdo cómo empezó el universo a borrarse de nuestra conciencia: era seguir la vereda que nos llevaría a casa, y junto a aquélla, la otra vereda, la marina, con la aleta del tiburón que asoma para seguir nuestros pasos (sabe que cualquier titubeo nos llevará a la muerte). Ella, mi compañera, aferrándose a mí y clavándome las uñas, ya completamente loca, gritaba por todo el camino.

Las tinieblas no lograron ocultar la casa. Sé que alguien nos espera porque la puerta se abre con pasmosa lentitud. Siglos ha que salí y la casa sigue gris, sucia, vieja. Adentro, el polvo señala nuestras huellas y tenemos que hundirnos en las telarañas antes de saber que la casa la habitan las muecas y las carcajadas de nuestros antepasados que contemplan nuestros cuerpos sangrantes a lo largo de los corredores.

## DE UN TRATADO DE METAMORFOSIS

Anoche, desde mi ventana, te descubrí junto a aquel viejo portal que siempre cubierto de niebla resucita tantos recuerdos. La lluvia y el insomnio me impedían dormir. Te observaba, como hipnotizado, y tú, con el frío y el miedo revelados en el rostro, buscando el cielo con la mirada, tratabas en vano de encontrar una respuesta veraz, temblando. De repente, formaste tu propio capullo, te enredaste en él, y ahí quedaste, suspendida de una rama, como un péndulo. Todo esto sucedió tan rápidamente que cuando llegué lo único que se encontraba era una mariposa con las alas perforadas por el granizo.